

“Precisa y alucinatoria, la escritura de Marina Berri pasa por las palabras como una aguja fina y fría, pero el resultado es como sostener en las manos una taza de té humeando”.

—Marina Closs

LOS SENTIDOS

M A R I N A B E R R I



emecé

Marina Berri

Los sentidos

emecé

Koriatki o los sentidos olvidados

*...y resonaron las alturas
con el tañido del cobre ortodoxo.*

FIÓDOR TIÚTCHEV

Vlad

Mi abuela decía que no los habían conquistado, que los habían resignado. Mi mamá suspiraba cansada. Ver su mirada era ver un pozo largo que se extiende mientras alguien tira una piedra adentro. Pero al final, a pesar del fastidio de mi mamá, resultó que mi abuela tenía razón: a los koriatki los resignaron, o ellos se resignaron por un tiempo, pero con la clausura de su territorio volvieron a ser lo que siempre fueron. Salvajes. O libres.

Sueño todos los días con mi abuela. En esos sueños no importa quién tiene razón, porque mi mamá no está y el presente no existe. No hay ciudad, la ciudad es apenas una palabra brumosa, solamente estamos mi abuela y yo, las iglesias y los caminos, el bosque y alguna aldea que ni siquiera puede aspirar a pueblo, porque es apenas un puñado de casas. Hoy, por ejemplo, sueño que estamos en un camino estrecho que conduce a una iglesia de punta dorada y paredes de troncos sin lijar. Mi abuela barre el sendero que lleva a la entrada. Más barre y más nieve cae: el mango de la escoba agita —o

rasca— el cielo. A ella no le importa. Busco una rama para ayudar. Me pongo yo también a barrer.

Mi abuela me ordena en koriatki que busque una rama más tupida. Le hago caso, aunque no sé cómo, porque en el sueño no entiendo las palabras y en la realidad no me acuerdo cómo se dice en koriatki “rama”, ni “pino”, ni muchos menos “tupido”. Solo sé decir “abuela” y “trapo”, porque los trapos eran, de alguna manera, también mi abuela.

Agito la rama en el aire más que en el suelo y el aire se despeja. Se puede ver la iglesia entera, que bajo la capa de nieve tiembla de tan blanca. La nieve huele igual que el altar: a cera de vela, a dorado, a reflejos inquietos, a troncos domésticos.

Insisto: tenemos que limpiar la capilla, no el sendero; los sacerdotes esperan, el polvo no puede tapar las imágenes, los santos pierden fuerza. Si todo está sucio, los devueltos tampoco nos van a encontrar.

No tiene sentido, porque le estoy pidiendo que limpie adentro y los devueltos vienen por el camino que ella barre. Igual no importa. La abuela pronuncia una frase que no entiendo y es como si soplara una vela encendida para apagarla.

Me despierto.

Las velas se soplan antes de irse a dormir, pero en mis sueños todo tiene más sentido al revés.

Afuera nieva igual que en el sendero. Un camión corre la nieve, que cae apurada por tocar el suelo, a veces haciendo alguna pirueta antes de depositarse

en una cornisa, en el recodo de un caño o en algún otro hueco insólito, porque su gravedad es diferente. Trato de recordar la última frase de mi abuela. En mi cabeza flotan sílabas sueltas, se mueven, se pegan y se despegan, pero no se acomodan en ninguna palabra. Abro la ventana para que adentro haga menos calor. Preparo té. Las hebras se hunden en la tetera. Pienso en la mirada de pozo de mi abuela. Pienso en el té con agua de pozo que hacíamos con mi abuela.

Cuando yo tenía cinco años me empacaba en hablar solo koriatki y me negaba a usar la lengua de la ciudad. Mi mamá hablaba un koriatki decente, pero lo usaba solo con mi abuela. Cuando mi abuela murió nos fuimos del bosque y el koriatki quedó ahí, en su casa, adherido a sus cosas, a los espíritus, a las iglesias, a los otros koriatas que —a diferencia de mi mamá— nunca fueron doblegados. Y ahora yo, aunque me empaco en estudiar koriatki y voy a clases, no me acuerdo de nada. Quisiera al menos volver a los lugares que recorríamos con mi abuela, pero el territorio koriata está clausurado y los pueblos son ruinas. Las iglesias que limpiábamos deben estar cubiertas de malezas, además de nieve, y hasta las campanas, si hubiera alguien para tocarlas, resonarían con un sonido polvoriento. Me gustaría pasarles el dedo a las imágenes olvidadas, raspar la suciedad hasta llegar al dorado, que es suave de una manera diferente.

Pienso en los recuerdos, encendidos por los restos de sueño, y se me hace tarde para llegar a clase.

Preparo la mochila con el cuaderno, guardo la tarea, reviso las conjugaciones. Estudiar koriatki es como pasar el dedo por una capa de polvo, porque de golpe encuentro una palabra y veo lo que hay debajo: un dios con la mano levantada, un cáliz, una letra escrita en relieve sobre un marco de plata, unos ojos tristes o —según cómo los ilumine la luz— dulces, o muertos; a veces, también, si el dedo tiene suerte, encuentro el té ahumado, los lobos, los búhos de ojos destartalados y los pantanos.

Aunque es cierto que lo que descubro no siempre brilla.

El polvo que se acumula en las iglesias es un reloj de arena que quiero girar para que vuelva a empezar. La nieve del sueño también se parece a la arena. Me gustaría verterla hacia el otro lado y pasar otra vez a mis cinco o seis años, cuando estábamos solamente mi abuela y yo, y mis sueños eran sobre el mismo lugar en el que estaba. A veces con muertos, o devueltos; a veces también pesadillas, pero cerca, en el bosque, en un lugar en el que podía levantarme a la mañana y mirar otra vez con los ojos despiertos. Y en una lengua que era capaz de hablar.

Doy vueltas en casa y llego a clase cuando la profesora está dictando los ejercicios. Copio de Lira, la chica nueva. Me acuerdo de que no me peiné y me acomodo el pelo con la mano. Me cuesta ver el koriatki escrito: siempre me pareció que volaba, que no se lo podía atrapar con lápices. También en aquel entonces —cuando

según mi mamá yo lo hablaba y me rehusaba a decir nada en su, en nuestra, lengua— los lápices casi no existían para mí. Solamente estaban las iglesias, los trapos y los espíritus del bosque.

Resuelvo el ejercicio. Lira lo mira y copia la solución: se cobra el favor de haberme dejado ver la consigna en su cuaderno. Me pide que se lo explique, pero no sé cómo. La profesora en realidad tampoco. Me distraigo.

Mi abuela no creía en los dioses de las iglesias que limpiaba. Yo le insistía: eran hermosos, resplandecían, los cuentos —mi mamá sí me los contaba— tenían finales inesperados, había milagros y personas que volvían de sus tumbas.

La abuela bajaba la cabeza si escuchaba la palabra “milagro”. Cuando yo le contaba una historia de la Biblia, ella se quedaba esperando algo más, porque el final nunca le parecía el final. Cuando ella me contaba historias de espíritus —no lo hacía a menudo, las escatimaba, a veces se le escapaban a pesar de sí misma—, me daba cuenta de por qué la aburrían los milagros.

La profesora renuncia a que Lira entienda gramática y hace un recreo cultural. Ordena con tiza en el pizarrón la cosmología koriata —la tiza es mejor que el lápiz, vuela y se borra fácil, y en definitiva también es polvo— y explica que los dioses están ligados a la naturaleza y al hogar, pero que, a diferencia de lo que sucede en otras culturas, no tienen nada que ver con las estrellas ni con el cielo. Los enumera. Mi abuela

los llamaba distinto. O tal vez yo los recuerdo un poco distinto y la impresión es todavía peor, porque la profesora suena como si no creyera en ellos, y mi abuela no los mencionaba seguido, pero se corría para que pasaran, se quedaba quieta cuando entendía que no estaban conformes, les dejaba comida a la entrada del bosque, les abría la puerta para que salieran y los honraba con rituales modestos y constantes.

La profesora habla de los dioses del bosque y de la casa. Explica que en koriatki los dioses —la palabra en esa lengua no es “dios”, es más sencilla, se acomoda en el espacio que queda entre duende y demonio— no son buenos y hay que convencerlos. O mejor: sobornarlos.

Eso sí es cierto. Mi abuela los dejaba anidar en las iglesias, al lado de los santos sufrientes de las imágenes. Decía que los santos de la Biblia no eran de verdad porque no comían y a los dioses de verdad hay que alimentarlos. Que los espíritus no vivían en castillos dorados porque no necesitaban puertas ni llaves, sino que estaban en los bosques, en los lagos, en los hogares, porque el mundo entero era suyo. A ellos no les interesaba el brillo, al menos no el del oro, ni tampoco los pasos del sacerdote ni el olor a humo. Les gustaban, en cambio, las nueces, el pescado, los hongos frescos.

Le pregunto a la profesora si hay una relación entre los espíritus koriatas y los frutos secos. La profesora niega con la cabeza. Pero sí dibuja en el pizarrón algo parecido a lo que yo veía entonces: un nido de ramas escondido en un rincón, al que la luz de la mañana

iluminaba solo un rato, lateralmente. Después de limpiar las iglesias, yo juntaba hongos, o frutos, a veces incluso huevos de pájaro y, aunque mi abuela no lo dijera, yo sabía que parte de mi canasta estaba destinada a esos nidos.

Lira pregunta si los nidos se conservarán en la zona de aislamiento y si los espíritus según los koriatas nacen de huevos y si es fácil alimentarse con lo que crece en esos bosques.

No le interesa tanto la lengua como ir a la zona clausurada. Por eso en vez de tomar apuntes de gramática, arma guías de supervivencia: partes de mapas, datos de comida, frases útiles. Cuando se aburre dibuja aldeas.

La profesora se ríe de los huevos pero a mí no me resulta descabellado.

Cuando terminamos el rato dedicado a la cultura, Lira pregunta otra vez por frases cotidianas. La profesora se niega a ser una guía de turismo: dice que la lengua hay que aprenderla completa y vuelve a los verbos.

Lira resopla. Yo anoto. Pienso qué diría mi abuela si viera sus palabras fijadas en las letras con las que se escriben los documentos y los impuestos.

Después de la clase hay mucho viento, no tengo nada que hacer en casa, voy con Lira a un café. Ella quiere saber de mi abuela. Habla de su proyecto de viaje y de cómo haría un videojuego al estilo koriatki y hasta se traba y se confunde cuando pronuncia el nombre, pero igual es divertida. Confía en encontrar koriatas. Koriatas o una aldea abandonada. Las dos

cosas le servirían para armar un juego con leyendas de la zona prohibida.

Nos traen primero té y después sopa: afuera el viento empeora.

Le cuento que mi abuela creció en una aldea koriata y se mudó a un pueblo cuando cumplió ocho años. Aprendió la otra lengua, la nuestra, mientras limpiaba casas ajenas. A un sacerdote le dio lástima, o le pareció simpático que fuera tan huraña, y le ofreció el trabajo de mantener las iglesias y capillas más remotas de la región, las que nadie visitaba.

Lira dice que la historia le gusta, pero que mi abuela no es un buen personaje.

Yo discrepo: mi abuela es un personaje excelente. Igual no sé mucho de videojuegos. Así que no le digo nada. Le cuento, en cambio, que mi abuela dejaba que los espíritus pasaran a las iglesias. Les ponía la comida que preferían —a los del bosque, frutos secos; a los del agua, peces secados al sol; a los del aire, manzanas—, en una esquina, cerca de las imágenes, cerca de los santos con espinas clavadas, con el fuego que se les acercaba y les iluminaba el horror, con dragones y tumbas abiertas y sudarios blancos.

Afuera el cielo se pone más gris. Pedimos una segunda tetera. Lira anota algunas de las cosas que digo, pero me cuesta adivinar cuáles son las que le interesan. Así que me concentro en las que me interesan a mí.

Los sacerdotes a veces preguntaban por qué había comida suelta en las iglesias. Mi abuela decía que era

veneno para ratones. Los dioses de oro miraban desde sus marcos dorados a los otros, a los espíritus libres que se comían las ofrendas, y se veían un poco más tristes. Como si de golpe los marcos se transformaran en los barrotes de una prisión o, al menos, en la jaula de un canario.

Lira sorbe el té y me dice que no lo había pensado, pero que, aunque a ella le gustan los espacios abiertos, las iglesias pueden ser un buen escenario de transición. Después me pregunta si en las tierras de los koria-tas hay muchos ratones. Le digo que sí, pero que son ratones diferentes a los de la ciudad. Tienen los ojos húmedos y las colas suaves. Roen la madera como si mascullaran.

Lira saca el cuaderno y dibuja un ratón al lado de las conjugaciones. Por ahí mi abuela confundió a los espíritus con ratones.

Dejo que piense lo que quiera, aunque sea imposible confundir a un espíritu con un ratón. Mi abuela decía cosas que parecían sortilegios cuando les acercaba la comida.

Pero todo parece un sortilegio en koriatki, incluso lo que está mal pronunciado, como lo pronuncia la profesora. Lira cierra el cuaderno y vuelve a la conversación.

¿Me cae bien la profesora?

No. No sé. Las clases no arreglan nada. Ya no puedo hablar koriatki. Me gustaría volver al norte, pero

además de que está prohibido tengo miedo de encontrarlo vacío.

Lira me contesta que ningún lugar está tan vacío como dicen. Que la gente no se va cuando se lo ordenan, al menos no toda. Y que seguro perdí el koriatki por un trauma —una maestra, un golpe, un médico: suele pasar—, que si vuelvo y me sumerjo en los paisajes de antes lo recupero de golpe. Lo dice y entonces me acuerdo de mi abuela soplando la vela del sueño. Ahora es Lira la que enciende esa misma idea, me ilumina la frase y yo puedo entender de golpe lo que mi abuela dice en el sueño: para recuperar el koriatki, para librarme del olvido, lo que tengo que hacer es soplar el polvo acumulado en la ventana de una iglesia de antes.

Lira

El lugar en el que dan clases de koriatki no parece un instituto de idiomas. No sé qué parece. Queda en las afueras de la ciudad, después de la zona industrial, atrás de unos parques que ya son bosque y del zoológico abandonado, en el que ahora hay solo jaulas desvencijadas, vegetación azarosa y carteles obsoletos que anuncian la tristeza de los animales y el alboroto de los confites. El zoológico es como un juego que jugaba de chica: en el inicio te daban una llave dorada y tenías que elegir qué animal liberar primero. Yo fui

fracasando con varios, hasta entender que la clave estaba en los monos.

Voy en el tranvía por calles que son senderos y de golpe la ciudad resurge de otra manera. Ya no hay bloques de departamentos, hay edificios bajos, descascarados, con puertas amplias y ventanas sin cortinas. Los semáforos son más pálidos y más lentos: la gente aprovecha el rojo débil para fumar un cigarrillo, cerrar los ojos y recordar algo. Los camiones se detienen en cualquier parte y quedan con el motor en marcha. Algunos perros —sin correa pero con collar— ladran en la calle. Las ventanas de las casas están encendidas aunque haya luz y desde adentro alguien mira mi tranvía mientras toma un té, o al menos mientras la pava silba, y piensa en otra vida que pudo tener. Me bajo en una estación algo más prometedora que las anteriores —hay árboles estirados, un café abierto, detrás de un vidrio un hombre trabaja sobre una suela y vuelve a clavetearle a una bota el olor a cuero— y camino hasta el instituto.

Los números disminuyen de golpe o gotean despacio hacia abajo. No se puede calcular la distancia por la numeración, al ochocientos le puede seguir el setecientos noventa y nueve o el seiscientos cincuenta y tres. Tampoco me puedo apurar, porque mientras más rápido voy, más posible es que me patine y el suelo se convierta en cielo de un porrazo. Me gusta ese cambio repentino, con un deslizamiento rápido por las ventanas iluminadas de los departamentos, pero me ensucio

la ropa y las caídas duelen. Llego a clase sobre la hora. El edificio está desacomodado, como si el tiempo lo hubiera torcido un poco y ahora pudiera resbalarse hacia el derrumbe. Abro la puerta, escucho su chirrido y los muros se inclinan todavía un poco más.

Adentro no hace frío y el cielo, detrás de los vidrios, flota como el agua de una pecera. Me siento atrás, con el lápiz afilado que trata de compensar las fotocopias desprolijas. Tengo esas fotocopias —es un libro carsero que explica, o relata, la cultura koriata y tiene ejercicios sencillos de vocabulario— y una gramática. Aprender otra lengua me resulta imposible: me patino más que en la calle y después me quedo así, mirando el cielo y las nubes que pasan, sin siquiera intentar entender. Pero igual sigo yendo a las clases, porque si no puedo hablar, tampoco voy a poder hacer mucho cuando viaje y me encuentre con los koriatas que se esconden en las aldeas abandonadas. ¿Y si me duele algo? ¿Y si me tengo que defender? ¿Y si les tengo que explicar qué es lo que busco? No voy a traducir con el celular. No por principios: lo haría, pero seguro en la zona prohibida no hay señal.

El koriatki no es la lengua materna de mi profesora, que es una mujer de campus universitario y parece trasplantada acá, en esta parte del mundo. O no: exiliada. De joven fue a territorio koriata para registrar y conservar la lengua. Los grabó durante años, después volvió a su país, transcribió las cintas tomando café en un despacho con vistas a un bosque de pinos, algo pasó

y ahora está con nosotros. Explica las palabras como si fueran hojas de un herbario. Pero en realidad lo que escribió fue la gramática áspera que usamos en clase y un artículo sobre los modos abreviados de hablar en koriatki.

Somos pocos alumnos. Estoy yo, que quiero ir a la zona clausurada para hacer mi videojuego sobre leyendas koriatas, sobre gente que vuelve de la muerte por una noche. Hay un hombre más grande que sabe muchas lenguas y entiende todo al que le gustaría escribir un diccionario, algo que sobrepase las notas dispersas sobre palabras con las que nos manejamos en las clases. Conoce a la profesora porque estudiaron juntos, así que es probable que sepa también por qué ella volvió a enterrarse a esta ciudad que no es el territorio pantanoso de los koriatas ni un centro universitario de prestigio. Igual no creo que me cuente la razón, porque siempre huye en dirección contraria: no estoy a la altura de sus expectativas académicas y la verdad él tampoco está a la altura de las mías. Está Vlad, que tiene mi edad. Llega siempre tarde, no se peina y habla poco; da la impresión de que nunca se termina de despertar del todo. Y a veces viene también una estudiante compungida, que tiene que completar sus créditos para recibirse, pero que sueña con volver a su casa, porque ahora ahí es verano y hay playa y acá el frío nos quema la frente. Me habla solo para quejarse y para volver a proyectar frente a sus ojos la imagen del mar. A mí esos paisajes me aburren, no me sirven. Los lugares abandonados,

con leyendas, con costumbres que se confunden con mitos, como los del territorio koriata, son la materia prima de los mejores juegos.

Casi nunca escuchamos a la profesora hablar en koriatki, aunque hace un esfuerzo constante por iluminar las oraciones de los ejemplos y de vez en cuando se le escapan anécdotas de cuando vivió en los bosques. Lo cuenta todo a través de la gramática —cómo grabó a los ancianos, cómo consiguió entrevistas y cuentos tradicionales, cómo compiló el vocabulario de las hierbas y la medicina, cómo a los koriatas les gusta llamar a una cosa con el nombre de otra y así todo es siempre confuso, inestable, y en el fondo no queda claro de qué se habla en realidad— pero a veces termina por relatar escenas que me pueden servir para el juego. Por ejemplo, la vez que la llevaron a pescar y la caña quedó atrapada en el hielo. O cuando quiso ayudar a una mujer a dar a luz y la mujer le pidió que le contara historias de bebés muertos. O la noche del oso, o el queso de lobo, o la sopa de hongos de pantano.

De todas maneras, la profesora nos aconseja —lo dice mirándome fijo, porque sabe que soy la única tentada— que no nos hagamos ilusiones. Los koriatas son escurridizos y huraños. Les interesan los espíritus, no las personas ni las cosas.

Vlad se revuelve el pelo y pregunta por las aldeas abandonadas de la zona de exclusión. Si de verdad no queda nadie en ellas.